

COLABORACION DE LA VANGUARDIA

LA JUVENTUD Y SUS COSAS (I)

LIMITES DE LA ADOLESCENCIA

DESDE luego, hay quienes prefieren hablar de «adolescencia». Y puede que tengan su parte de razón. En nuestros días, las fronteras de edad están experimentando unas curiosas rectificaciones, cuyo alcance todavía no sabemos medir. La cosa, en principio, ha de ser anotada en el haber de la ciencia médica y sus auxiliares: la «vida» de la gente ha aumentado de manera notoria, sobre todo en duración y en aguante. Así ocurre, al menos, en aquellos países donde la asistencia facultativa, el uso de fármacos, la higiene pública y las dietéticas consiguen una difusión afectuosa. No vale la pena de recurrir al dato estadístico: el hecho salta a la vista. En términos generales, la ciudadanía actual tarda más en morir: más que antes, quiero decir. Y me refiero a lo que suele llamarse «muerte natural». Por otro lado, las personas «maduras» conservan por más tiempo sus energías. No sólo se observa en los censos de población una tierna abundancia de ancianos, sino que muchos de estos presuntos vejestorios se mantienen plenamente «en forma». Al parecer, ahora, los años cuentan de otro modo. Las etiquetas clásicas para graduar la cronología individual sufren un ligero desplazamiento. El comienzo de la vejez, por ejemplo, se sitúa después de los setenta, quizás en los ochenta. El de la juventud avanza un quinquenio, o más. El margen de la «adolescencia», pues, se ensancha...

El problema, naturalmente, se plantea ante el embrollo espectacular y vastísimo que los muchachos de hoy se llevan entre manos. De ordinario, la palabra que designa, engloba e incluso define el fenómeno es «juventud». Papeles y altavoces la repiten hasta el cansancio. ¿Inexacta? No, sin duda. Pero tampoco demasiado clara. Por de pronto, la racha de revueltas y desplantes abarca sectores «menos que jóvenes»: casi añiados. Ni siquiera la pubertad resulta ser un límite fijo. Y esto es lo que, sin ánimo de ofender a nadie, llamamos «adolescencia». La verdad es que el vocablo «juventud», ambiguo, permite manejos un tanto capciosos. Siempre se es joven respecto de alguien: «más» joven que alguien. Un chico de quince años, hoy, ya tiende a ver con malos ojos a su hermano mayor, que apenas ha cumplido los veinte... En el otro extremo, el asunto aún se presta a nuevas perplejidades. Un buen cupo de vecinos que andan por la treintena, se consideran inscritos en el entusiasmo y el desparpajo de la «juventud». ¿Se les puede negar el derecho a tan candida ilusión? En la época de nuestros abuelos, un caballero aventajado, al llegar al cruce de los treinta, solía o podía ser, ¡qué diré yo!, catedrático de Numismática, ministro de la Monarquía o académico de Bellas Artes. También ahora se dan casos semejantes a aquéllos. Pero el número es lo que pesa, y a esa edad, la mayoría ve frenado su acceso al escalafón.

Quizá sea por ahí que convenga afinar el análisis. Nosotros, los cuarentones —de cuarenta para arriba...—, inducidos por la euforia sanitaria-consumista, nos afirmamos como «jóvenes»: si más no, como pasablemente jóvenes. Los amigos de ciática o de reuma no cuentan, y quienes lograron pagarse la precaución de practicar el tenis, la equitación o la sauna, o se abstuvieron del alcohol y el tabaco, se encuentran afablemente dinámicos y sólidos. Somos —¡ay!— «jóvenes», y la petulancia parece disminuir ante la comparación con los sexagenarios rozagantes y activos. Por

consecuente, los que vienen detrás, y, sin ir más lejos, nuestros mismísimos hijos, bien podrían resignarse al nombre de «adolescentes». Es una solución, por supuesto. Y nada convencional, además. Los que postulan esta terminología no andan desencaminados. Al fin y al cabo, el concepto de «adolescencia» que se propone no es de orden biológico. Muchos de los «adolescentes» a que aludimos son ya todo unos padres de familia, y si no lo son más, es por los trucos que emplean para evitarlo. Ni invocaremos la tan manida cuestión de las barbas, porque, precisamente, un rasgo de la adolescencia actual es eludir el afeitado, cuando la generación de sus papás puso su mejor orgullo en la tentativa precoz de rasurarse... En un tal contexto, la noción de «adolescencia» ha de ser, más que nada, sociológica. El estadio anterior a la «juventud» estabilizada —a la juventud que pasa de los treinta— admite aquella denominación, tal vez abusiva, pero clarificadora y eficaz.

Hasta hace cuatro días, como quien dice, y en Occidente, la adolescencia tenía un final «predeterminado»: el ingreso regular y definitivo en el engranaje del sistema de producción. Me refiero, en particular, a los varones. Una vez cancelada la etapa del capitalismo de novela de Dickens, el «muchacho» se convertía en «hombre» cuando empezaba a trabajar en serio. El jornal equivalía a una especie de «mayoría de edad» extrajurídica. Y no por lo que implicase de autonomía económica, sino por lo que significaba de responsabilidad material. El hijo del proletario se hacía «hombre» al hacerse personalmente proletario; el del burgués se ganaba la condición «social» de adulto al aplicarse al negocio de casa; los retoños de la sufrida clase media ascendían a personas mayores con la percepción del primer sueldo o de los primeros honorarios. Descarto de la reseña al parásito puro. Lo cierto es que la incorporación a los circuitos «dabores» señalaba, si no el término, al menos un progresivo estrangulamiento de la adolescencia. Y, como era lógico, el proceso adquiría una velocidad diferente según el nivel pecuniario de donde salía el chico. En los domicilios pobres, la urgencia de sacar un poco más de dinero precipitaba la maniobra: en cuanto el muchacho alcanzaba un mínimo de suficiencia física para el oficio, allá le enrollaban, de aprendiz, de botones o de lo que fuera. En los estratos más acomodados, la decisión disminuía en perentoriedad, pero no por ello se aplazaba en exceso.

Las premisas han cambiado. No es fácil de resumir en pocas líneas lo que está ocurriendo. Reiteremos, en primer lugar, que hoy los «padres» duran más que antaño: se sostienen por más tiempo en su sitio, y el relevo no se produce con tanta fluidez. Y por muchos «puestos de trabajo» que se creen, la plétora demográfica desborda cualquier previsión. Por otra parte, eso que conocemos por «nivel de vida» sube. Hay más dinero en la calle, al parecer. Más dinero, y más leyes que proyectan cuidar la «educación» de los muchachos. Entre el proletariado estricto subsiste el imperativo agobiante de meter a los hijos en una u otra plantilla: todavía son carne de salario, en el peor sentido de la expresión. Pero, de «cuellos blancos» para arriba, la cosa presenta otro aire: se dibuja una ampliación temporal, muy estimable, de la adolescencia. Ya no hay una necesidad demasiado fuerte de colocar «en seguida» a los muchachos. Se piensa, por el

contrario, en aprovechar la tregua para proporcionarles una mayor «preparación». De hecho, se les concede una excedencia del trabajo para que estudien. Lo cual es otra novedad incalculablemente revulsiva. Bien mirado, no es por azar que las crispaciones «juveniles» más características, más estentóreas, más severas, son casi siempre «estudiantiles».

Nada de esto tiene precedentes. No ha de extrañarnos, pues, que el desconcierto sea general, unánime. Nadie sabe qué hacer ni qué decir, aunque se haga y se diga mucho. Muy a menudo, lo que se hace y se dice desemboca en un escueto choque de rabias, sin éxito. La muchedumbre adolescente dispara sus iras contra la «sociedad» en bloque, que, efectivamente, es la sociedad de los adultos. Y, a su vez, los adultos replican con otras iras físicas y verbales. Ni los unos ni los otros advierten, quizá, que se mueven en terreno desconocido, y que, para salir del atolladero, han de renunciar a recetas y recursos ajenos a la verdadera entidad del problema. El intento de justificar con «ideas» el enfrentamiento se revela de una total ineptitud. Del lado «joven», predomina la titilación narcotizada, unas veces declarada, otras bajo disfraces confusionarios, pseudotrotskistas o marcusianos. Del lado «adulto», se afianzan las actitudes doctrinales consabidas: desde el conservadurismo más amojámano hasta el comunismo ortodoxo. Pero, en última instancia, lo que se debate es otra cosa. También «eso», ¿cómo no?, pero más aún «otra cosa». Se trata de la peculiaridad inédita de unas circunstancias de hecho, que todavía nadie ha logrado «digerir». El lote mayor de culpa corresponde a los «adultos»: cuando menos, confesémoslo. En el fondo, los muchachos se reducen a expresar su malestar de «edad», y si yerran al hacerlo, tampoco hay que reprocharse con demasiado énfasis.

Sólo que la «edad» es algo —por antonomasia— transitorio. No es «joven» toda la vida. Más bien se deja de ser joven con rapidez increíble. La «edad» no es un argumento firme de reivindicación, como lo es —y no el único— la «clase». De manera explícita los programas que emanan de Marx, y de manera implícita los demás, descansan sobre la noción de «clase»: sobre la realidad objetiva y su noción coherente. La «edad» pasa; la «clase» permanece. Esto son obviedades de lo más elemental, y no me considero obligado a ser prolijo en su exposición. Si la corriente protestataria de los «adolescentes» actuales es sólo un gesto de inquietud propio de su condición de «adolescentes», su destino sería evaporarse a corto plazo. Ello no le quitaría verdad ni razón, pero quedaría en un episodio trivial, de mero «conflicto de generaciones», como tantos ha habido y tantos habrá. Sin embargo, ¿no hay más que efervescencia «juvenil» en el lío? Muchos indicios ayudan a sospechar que lo que anda en juego, también, es el factor «clase». Yo creo que asistimos a un curioso capítulo de la eterna «lucha de clases» de que hablan algunos tratados de sociología. En el bien entendido de que la «clase» insurrecta y excitada no es el proletariado. Es la pequeña y la media burguesía. Quiérase o no, ser «adolescente» —en ejercicio— es, hoy, ser pequeño-burgués. Si más no, en el área de la OTAN y sus aledaños.

Joan FUSTER

CONSECUENCIAS CONCILIARES

«AGGIORNAMENTO» Y REALIDAD

SU Santidad el Papa Juan XXIII convocó el Concilio Ecuménico Vaticano II bajo la palabra «aggiornamento», aplicada a la Iglesia católica. Es decir, que la Iglesia necesitaba «una puesta al día», porque se había hecho en algunos puntos anticuada y necesitaba una renovación que la pusiera al día.

Paulo VI, en un discurso reciente pronunciado en la audiencia que concedió en Castelgandolfo, dijo que «la Iglesia necesita volverse a encontrar interiormente unida, concorde, disciplinada y feliz, le es indispensable una revisión organizada de su Liturgia, como ya se está haciendo, necesita un nuevo y bien estudiado Código de su Legislación, como también se está laboriosamente tratando de hacer; necesita un renovado empeño en su vocación evangélica de caridad y santidad; necesita una nueva eficacia pastoral y misionera, así como ecuménica; necesita —y Dios nos oiga— de una nueva oleada inspiradora del Espíritu Santo».

Estas frases revelan una fidelidad absoluta al Concilio Vaticano II en su Constitución sobre «la Iglesia en el mundo actual».

El Concilio puntualizó su aspiración diciendo: «Que entre los principales aspectos del mundo actual hay que señalar la multiplicación de las relaciones humanas entre los hombres. Contribuye sobremanera a este desarrollo el moderno progreso técnico. Sin embargo, la perfección del coloquio fraterno no está en ese progreso, sino más hondamente en la comunidad que entre las personas se establece, la cual exige el mutuo respeto de su plena dignidad espiritual. La revelación cristiana presta gran ayuda para fomentar esta comunión interpersonal y al mismo tiempo nos lleva a una más profunda comprensión de las leyes que regulan la vida social, y que el Creador grabó en la naturaleza espiritual y moral del hombre».

El «aggiornamento», que ha sido el lema fundamental del Concilio, ha provocado distintas manifestaciones por parte de teólogos y de hombres dotados de gran cultura escolástica. Pero se han producido movimientos que han llevado a una confusión lamentable. Mientras unos proclamaban la inalterabilidad de los principios básicos de la Iglesia Católica, o sea, marcaban una tendencia excesivamente conservadora, otros, llamados progresistas, han interpretado a veces escandalosamente las normas del Concilio, llegando, no diremos a su negación, pero sí a una interpretación abusiva de los principios conciliares, de tal manera que sobre el confusionismo provocado por los tales exegetas se han producido movimientos que parecen contrarios a la letra y al espíritu de la Constitución conciliar «sobre la Iglesia y el mundo actual».

Dijo el Concilio, «que en todos los pueblos se hace posible expresar el mensaje cristiano de modo apropiado a cada uno de ellos y al mismo tiempo se fomenta un vivo intercambio entre la Iglesia y las diversas culturas».

Entre los problemas más urgentes, dispuso el Concilio que: «Después de haber expuesto cuál es la dignidad de la persona humana y la misión tanto individual como social a la que ha sido llamada en el mundo entero, el Concilio, a la luz del Evangelio y de la experiencia humana, llama la atención de todos sobre algunos problemas actuales más urgentes que afectan profundamente al género humano».

Entre las numerosas cuestiones que preocupan a todos hay que tener presente principalmente las siguientes: «el matrimonio y la familia, la cultura, la vida económico-social y política, la solidaridad de las naciones y la paz. Sobre cada una de ellas debe resplandecer la luz de los principios que brotan de Cristo para guiar a los fieles e iluminar a todos los hombres en la búsqueda de una solución a tantos y tan complejos problemas».

El bienestar de la persona y de la sociedad humana y cristiana está estrechamente ligado a una favorable situación de la comunidad conyugal y familiar. Por eso los cristianos, junto con todos los que tienen en gran estima a esta comunidad, se alegrarán sinceramente de cuantos recursos favorecen en el hombre de hoy la actualización de esta comunidad de amor y el respeto a la vida de todo lo que ayuda a los esposos y padres en el cumplimiento de su misión excelsa; de ello esperan además los mejores resultados y están interesados en promoverlo.

«Sin embargo, la dignidad de esta institución no brilla en todas partes con el mismo esplendor, puesto que está oscurecida por la poligamia, la epidemia del divorcio, el llamado amor libre y otras deformaciones; es más, el amor matrimonial queda frecuentemente profanado por el egoísmo, el hedonismo y los usos ilícitos contra la generación. Por otra parte, la actual situación económica, socio-psicológica y civil es origen de fuertes perturbaciones para la familia. En determinadas regiones del universo, finalmente, se advierte con preocupación problemas nacidos del incremento demográfico. Todo lo cual suscita la angustia en las conciencias».

Estas manifestaciones conciliares, tan sabias y prácticas a la vez, determinaron la famosa encíclica de Paulo VI «Humanae vitae», que ha merecido por parte de muchos llamados católicos censuras y disconformidades sin tener en cuenta que las enseñanzas que de la sabia encíclica se derivan son perfectamente viables, de tal manera que la oposición sistemática que en algunos pueblos se ha producido a la citada magnífica encíclica ha venido a establecer un estado de confusión lamentable, aparte de la insinuación que representan ciertas críticas incluso producidas en ambientes eclesiológicos.

Es realmente aleccionador el texto de la Constitución conciliar sobre «la Iglesia en el mundo actual», porque trata de desentrañar los errores y las víctimas morales que produce un estado de cosas realmente lamentables.

Paulo VI, en su discurso en la audiencia de Castelgandolfo, señaló los caminos por donde debe discurrir la renovación de la Iglesia. Hay algunos que han hablado de una descomposición. Nos dijo el Papa: «No compartimos opinión semejante». El modo de asegurar la renovación de una Iglesia viviente y santa ha sido el tema del discurso pronunciado por el Sumo Pontífice en la audiencia general mencionada.

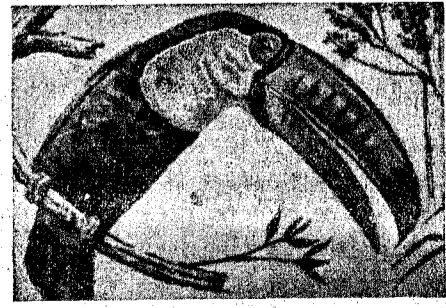
Se habla mucho de crisis en la Iglesia y lo que ocurre es que algunos hombres de ciencia teológica se han permitido libertades incompatibles con la caridad y obediencia que exige no sólo la persona del Pontífice, sino el respeto sagrado que debemos todos a las Constituciones y acuerdos conciliares.

Luis VALERI

Tucumán
RESTAURANTE
SNACK BAR
CERVECERIA

LOCAL REFRIGERADO
BALMES, 165. Tel. 227 41-98
BARCELONA - 6

P Parking gratuito
Paris, 206



VAROS TORICOS
Vasos hidráulicos
Sombretes
Collanes

RETENES
y toda clase
de piezas
de caucho sintético o natural

ESPECIALIDADES PARA LA INDUSTRIA

SUMINISTROS INDUSTRIALES
JUAN TORRES
SOCIEDAD ANONIMA
Plaza Salvador Anglada, 9 (Sans)
Tel. 239 32 04/3 líneas Barcelona-14

JAPON

Irán - India - Tailandia - Hong Kong

VIAJE EN AVION REACTOR, VISITANDO:
**TEHERAN - DELHI - AGRA - TAJ MAHAL -
BANGKOK - HONG KONG - TOKIO - NIKKO
KAMAKURA - HAKONE - OSAKA - NARA -
KIOTO - ISLA DE LAS PERLAS**

EXTENSION A

Mares del Sur y Alrededor del mundo
**HAWAI - HONOLULU - TAHITI - BORA BORA
MOOREA - SAN FRANCISCO - LOS ANGELES
LAS VEGAS - NUEVA YORK**

Salida: 23 octubre

Solicite folleto detallado en

CIA. HISPANOAMERICANA DE TURISMO

Agencia Viajes. Grupo A - Título 17
P.º Gracia, 11. Barcelona-7. Tels. 231.27.63 - 231.93.51 y 231.50.55